



David A. Abián Cubillo

PÓLVORA Y BAYONETAS

EL EJÉRCITO ESPAÑOL
EN EL SIGLO XVIII



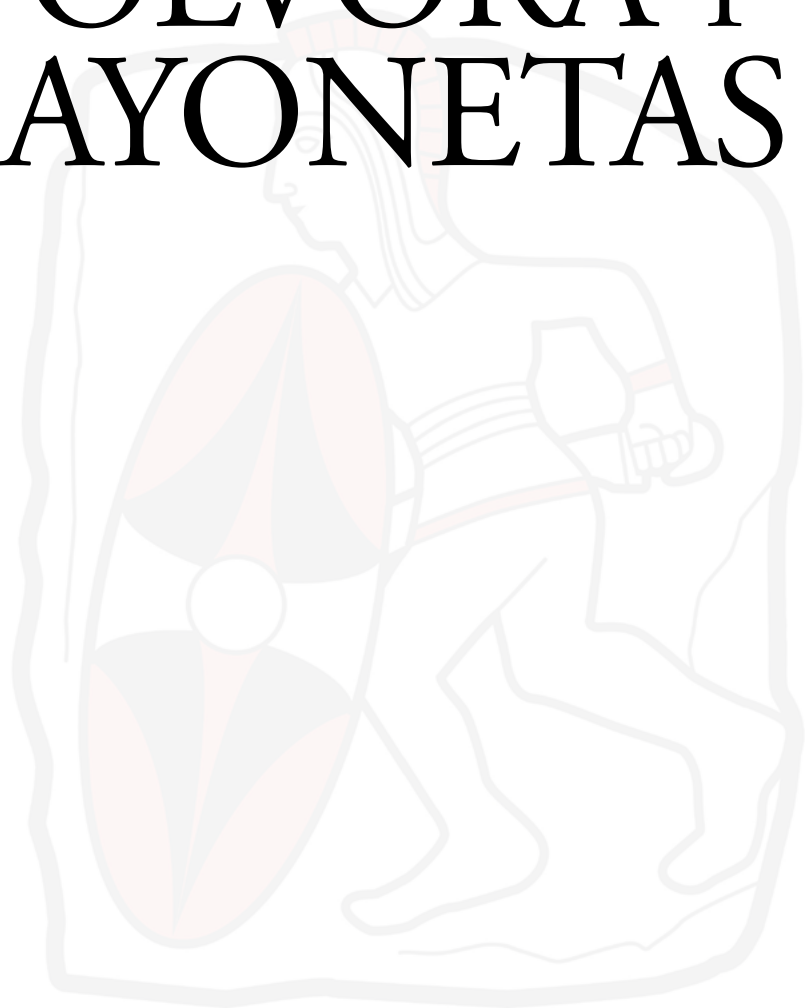
DESPIERTA FERRO



EDICIONES

PÓLVORA Y BAYONETAS

DESPERTA FERRO



EDICIONES

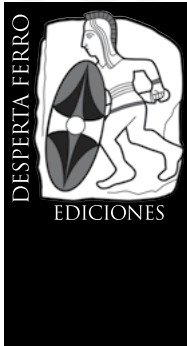
David A. Abián Cubillo

PÓLVORA Y BAYONETAS

EL EJÉRCITO ESPAÑOL
EN EL SIGLO XVIII

DESPERTA FERRO

EDICIONES



Pólvara y bayonetas. El Ejército español en el siglo XVIII
Abián Cubillo, David A.
Pólvara y bayonetas / Abián Cubillo, David A.
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2026. – 440 p., 8 de lám.: il. ; 23,5 cm – (Historia de España) – 1.ª ed.
D.L.: M-13460-2026
ISBN: 979-13-991498-8-3
94(460).052 94(460).053
94(460).054 94(355.460) “17”

Pólvara y bayonetas
El Ejército español en el siglo XVIII
David A. Abián Cubillo

© de esta edición:
Pólvara y bayonetas. El Ejército español en el siglo XVIII
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 979-13-991498-8-3
D.L.: M-13460-2026

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Cartografía: Desperta Ferro Ediciones
Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Primera edición: julio 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2026 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

A mi hijo Dante, con la ilusión
de acompañarle mientras
escribe su propia historia.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

ÍNDICE

Introducción	IX
1 LA GUERRA EN EL SIGLO XVIII	1
2 REFORMAS INTERRUMPIDAS (1748-1761)	47
3 LA MONARQUÍA ANTE UN CONFLICTO MUNDIAL, LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS	83
4 LA REFORMA CAROLINA DEL EJÉRCITO (1763-1775), UNA CONTINUIDAD NECESARIA	113
5 LUCES Y SOMBRAS: ARGEL, GIBRALTAR Y AMÉRICA	161
6 LAS ÚLTIMAS REFORMAS CAROLINAS (1783-1792)	209
7 LA GUERRA DE LOS PIRINEOS (1792-1795)	255
8 REFORMISMO FINISECULAR	331
Conclusión	391
Bibliografía	399
Índice analítico	419

INTRODUCCIÓN

«J'ai trop aimé la guerre». Esta frase, atribuida a Luis XIV de Francia (reg. 1643-1715) antes de su muerte, nos muestra cómo se había forjado el siglo XVIII en Europa, con la guerra. La Europa del siglo XVIII no fue un oasis de paz. Es cierto que no contó con una contienda de la envergadura de la Guerra de los Treinta Años, pero hubo guerras más cortas y de un gran desgaste para los estados y la población europea. Además, las guerras de algunas potencias imperiales, España, Portugal, Gran Bretaña o Francia, pusieron sus ojos en combatir en Asia y en América, y centraron la mayoría de sus esfuerzos en estos lares. Por tanto, las disputas entre estados europeos se habían transformado en contiendas globales.

La guerra ha sido un elemento que ha acompañado al ser humano desde la antigüedad, ya fuesen guerras tribales o grandes guerras entre estados. La guerra no solo se circunscribe a una serie de batallas o combates, sino que es mucho más compleja, ya que abarca la economía, la sociedad, la cultura, la tecnología, la política, etc. Esta visión no es algo novedoso del pensamiento actual, ya Clausewitz en su obra *De la guerra*, publicada en la década de 1830, señalaba de forma clara que la guerra era una continuación de la política, no una ciencia autónoma, sino supeditada a otros factores. Por este motivo, no se puede analizar la guerra o la historia militar fijándonos solo en tácticas o éxitos en determinadas batallas, aunque son aspectos importantes.

En consecuencia, conocer la guerra es conocer una parte importante de la historia, y para ello debemos relacionar el mundo militar con todos los aspectos de la historia, pues la guerra se hace en un de-

terminado contexto y los ejércitos que combaten se configuran dentro de los límites marcados por la sociedad, la economía y la cultura. Pero también es cierto que la guerra es un elemento dinamizador en varios aspectos, como en el desarrollo de nuevas tecnologías o el intercambio de ideas y pensamientos.

La guerra y los ejércitos europeos del siglo XVIII son un claro ejemplo de lo señalado anteriormente. Por primera vez en siglos, en Europa los estados habían conseguido, si no monopolizar, sí tener una primacía muy destacada sobre la guerra. Los países de la Europa del siglo XVIII contaban con ejércitos permanentes y profesionales en tiempos de paz, que podían superar los 200 000 soldados, sin contar las milicias o la marina. El esfuerzo que hicieron estos estados por contar con los recursos necesarios para mantenerlos y conseguir que el reclutamiento fuese lo más efectivo posible nos ofrece un contraste muy importante con los ejércitos de finales de la Edad Media. Además, los constantes avances técnicos y tecnológicos en el siglo XVIII europeo provocaron que el estilo y la propia concepción de la guerra rompiera con lo observado desde la Edad Antigua. Las armas blancas, las ballestas y arcos dejaron de ser el armamento predominante, pues estas «herramientas» se sustituyeron por una tecnología que no requería la fuerza humana para su uso, el fusil.

La importancia del ejército y el mundo militar en la monarquía española en el siglo XVIII es innegable. Por desgracia, la historiografía tradicional no ha prestado atención a estos aspectos, más interesada en resaltar el sistema militar de los Habsburgo en su lucha por la hegemonía europea en los siglos XVI y XVII.

Además, el ejército borbónico, a la hora de ser estudiado, ha vivido a la sombra de los sucesos posteriores a 1808, que supusieron el desmoronamiento de una monarquía extendida por el Atlántico y el Pacífico. Esto ha llevado a centrarse en un análisis negativo enfocado en conocer los fallos o causas que llevaron a ese desmoronamiento. En la actualidad, los estudios sobre la defensa del sistema monárquico se han ampliado e intentan entender las políticas y estrategias de la monarquía española dentro de su propio contexto, y no comparando el éxito o fracaso según se imitase a las potencias que tuvieron un mayor prestigio militar en el siglo XIX, como Prusia o Gran Bretaña.

Además, una de las líneas más destacadas de este libro es vincular todas estas reformas con los diversos cambios que se estaban produciendo en Europa. La monarquía española durante la segunda mitad del siglo XVIII, lejos de lo que tradicionalmente se cree, invirtió un

gran esfuerzo en conocer todo tipo de innovaciones y sistemas militares. Esto no debe considerarse una debilidad, sino que muestra a una monarquía capaz de romper sus propias barreras para conocer sistemas militares tan diversos como el ruso, el sueco, el prusiano, el austriaco, etc. No es que la Corona quisiera copiar estos modelos, sino conocer características que pudieran amoldarse a sus intereses y estrategias. Esto nos mostraría un dinamismo e interés por adaptarse de una monarquía que buscaba seguir siendo un imperio en un periodo en el que las grandes potencias cada vez presionaban más. Así, reformar el aparato bélico de la monarquía se convertía en un pilar básico para su supervivencia.

Este libro se enmarca en esta última visión y analiza las estrategias internas y externas de la monarquía española en la segunda mitad del siglo XVIII para comprender sus intereses y contextualizar su política defensiva. De esta forma, se puede valorar las respuestas que dio a sus necesidades militares. Desde el reinado de Fernando VI (1746-1759) se puede apreciar una clara ruptura con las estrategias geopolíticas del régimen monárquico al abandonar casi por completo su intervención militar en el continente europeo. Esto supuso un cambio en la estrategia a seguir, se reforzó la armada y se configuró un ejército cuya misión no eran las grandes batallas terrestres europeas, sino la capacidad de actuar en operaciones anfibias defendiendo una red de fortalezas que conectaban una monarquía global. De ahí, que la defensa de América se convirtiera en una auténtica prioridad para la monarquía de la segunda mitad del siglo XVIII, que consiguió erigir una red de fortalezas, enviar tropas regulares y organizar unas milicias locales eficaces en menos de treinta años. Por tanto, el objetivo de este libro es analizar las reformas militares y su implementación acorde a las estrategias e intereses monárquicos.

Principalmente nos vamos a centrar en analizar el ejército de la monarquía, aunque el sistema defensivo era mucho más heterogéneo y flexible que el propio ejército regular y merece ser señalado, aunque sea brevemente, en esta introducción. Por ejemplo, las milicias tuvieron un papel central en la defensa de América, no solo por su importancia militar sino también por su utilidad para que la corona pudiera ejercer cierto control social a través de una alianza con las élites americanas. Por otra parte, las fuerzas auxiliares fueron muy importantes en la defensa de América. Las alianzas con las tribus de nativos americanos, muy poco estudiadas por la historiografía española, ayudaron a controlar unas fronteras que eran inabarcables para una monarquía que en su

metrópoli apenas superaba los once millones de habitantes. De hecho, en la Guerra de Independencia de Estados Unidos desempeñaron un papel central en las campañas de Norteamérica.

Para el estudio del ejército de la monarquía española hemos organizado los contenidos de este libro siguiendo un orden cronológico y no temático. A pesar de mantener este orden cronológico, las divisiones temporales realizadas no coinciden con los reinados, sino que hemos considerado pertinente emplear fechas clave en aspectos militares. De esta forma, hemos optado por intercalar los periodos en los que se aplicaron las medidas reformistas con los conflictos bélicos más destacados y que paralizaban dichos procesos. Si bien es cierto que las guerras suspendían estos procesos reformistas, también servían como catalizador para nuevas medidas, al comprobar la eficiencia del sistema defensivo de la monarquía y ver el funcionamiento de otros sistemas.

En este sentido, el primer capítulo se centrará en dar una explicación general sobre cómo era la guerra en el siglo XVIII europeo, el crecimiento de los ejércitos permanentes y la importancia que fueron adquiriendo las armas más técnicas en este periodo. Además, se presentará la estructura y organización del ejército español a mediados del siglo XVIII. El ejército borbónico se estructuró durante la Guerra de Sucesión española (1700-1713) y, a pesar de las reformas, su base siguió siendo la misma durante todo el siglo XVIII. Por último, en este primer capítulo se analizará el pensamiento militar español del siglo XVIII, el cual nos muestra cómo la guerra moderna en Europa, así como la influencia del pensamiento ilustrado en el mundo militar, había alterado los ideales del buen oficial. En este apartado se observará, asimismo, cómo el concepto de guerra cambia radicalmente con respecto al de los siglos precedentes, para, en el siglo XVIII, ser entendido como una ciencia. Por tanto, al modificarse dicho concepto, también se transformó el ideal del buen soldado y oficial, que tuvieron que adaptarse, no sin complicaciones, a la ciencia de la guerra.

El segundo capítulo se centrará en los años 1748-1762. En 1748, la monarquía de Fernando VI firmó la paz con los Habsburgo y comenzó entonces un periodo de neutralidad, que supuso el pilar del gobierno de esos años y tenía como principal objetivo reorganizar y reestructurar el sistema defensivo hispano. Desde ese momento, comenzó un periodo reformista que puso su vista en el Atlántico y América. La muerte de Fernando no terminó con esta experiencia reformista, sino con la decisión de Carlos III de intervenir en la Guerra de los Siete Años (1756-1763).

El tercer capítulo analizará la intervención española en la mencionada Guerra de los Siete Años en 1762. En un primer momento, se contextualizará y se explorarán las causas que llevaron a la monarquía a embarcarse en una contienda del lado de Francia, cuando todo parecía perdido. En este sentido se prestará atención a los motivos propios de la monarquía, que no era un mero apéndice de la dinastía Borbón de Francia. Además, se revisará cómo se ejecutaron las campañas y conflictos más importantes, el asedio a La Habana, el asedio a Manila o la campaña de Portugal.

El cuarto capítulo se centrará en los primeros años de gobierno de Carlos III, entre 1763 y 1779, siendo este año cuando la monarquía decide intervenir en la Guerra de Independencia de Estados Unidos. Este periodo es ampliamente conocido por las diversas reformas militares que se implementaron a lo largo de toda la monarquía. Estas medidas tenían una clara continuidad con las emprendidas en la década de 1750, pero la derrota en la Guerra de los Siete Años ayudó a que se adoptaran unas reformas de forma más contundente, a pesar de la resistencia de ciertos sectores militares.

El capítulo quinto se centrará en las acciones exteriores de la monarquía entre 1775 y 1783. Tanto en los ataques a Argel, como en la guerra hispano-portuguesa de 1776-1777 y la anglo-española de 1779-1783 se aprecia una misma tónica, la monarquía de Carlos III tomaba la iniciativa y la ofensiva desde un primer momento. Esto se debía a que la monarquía confiaba en que tras una década de reformas estas podrían tener sus frutos. Por tanto, este capítulo analizará estas campañas y cómo se ejecutaron, no valorando su éxito según las victorias en determinadas batallas, sino acorde a la aplicación de las nuevas pautas de guerra empleadas en el momento y los intereses de la monarquía.

El sexto capítulo analizará el periodo de reformas entre 1783 y 1792, en el que se puede apreciar una ralentización en la implantación de algunas reformas y cómo afloró la resistencia entre los sectores militares ante dichas innovaciones. Además, se prestará atención a algunos problemas estructurales del ejército que no podían, o no querían, ser abordados por el calado que hubiesen tenido en la estructura militar y en la propia monarquía.

El capítulo séptimo se centrará en la Guerra de los Pirineos (1792-1795), pues en un primer momento explorará el contexto internacional e interno de la monarquía y prestará especial atención al cambio de estrategia que esta tuvo que adoptar al enfrentarse, en la propia península, a su principal aliado. Más tarde, se analizarán las actuaciones del ejérci-

to español y cómo se ejecutaron las diversas campañas según los parámetros de la época. Por último, dedicaremos un apartado a observar los problemas del ejército español, que iban más allá de un desfase táctico o tecnológico y cuyas causas eran más estructurales que coyunturales.

En el último capítulo analizaremos uno de los periodos menos estudiados, pero más fructífero a la hora de reformar la monarquía, el reinado de Carlos IV entre 1795 y 1808. Para afrontar la supervivencia del régimen monárquico, Godoy intentó afrontar una serie de cambios, mucho más profundos de lo que en un primer momento se podía pensar. La crisis política, económica y social fueron los grandes retos que tuvo que superar el gobierno de Godoy para introducir unas reformas clave para la supervivencia de la monarquía. En este sentido, el capítulo se centrará en analizar y valorarlas por la importancia que tuvieron en la época y no por la poca aplicación que tuvieron debido a los acontecimientos que sucedieron en mayo de 1808.

En consecuencia, se podría señalar que durante los años que abarca el presente libro, 1748-1808, se aprecia una política exterior clara y más autónoma de lo que en un primer momento se podría pensar. Además, se observa una clara continuidad a lo largo de todos los años, con independencia del reinado, por reformar y adaptar el ejército a las necesidades monárquicas. Por tanto, este libro pretende explorar una monarquía que en ningún momento se daba por relegada a ser una potencia de segundo orden y que realizó esfuerzos por adaptarse e incorporar a su sistema defensivo aquellas innovaciones que consideraba más adecuadas para su supervivencia.

1

LA GUERRA EN EL SIGLO XVIII

El siguiente extracto de la obra *De la guerra* de Clausewitz ejemplifica cómo la guerra en la Europa de la segunda mitad del siglo XVIII difería en diversos aspectos de la del resto de la Edad Moderna.

Si estudiamos la conducción de la guerra actual (1832), debemos tener en cuenta que con la Guerra de Sucesión austriaca comienzan las guerras que con las de hoy guardan gran semejanza, por lo menos en armamento, y aunque otras muchas circunstancias hayan cambiado, se parecen todavía lo suficiente para sacar de ellas gran enseñanza. Bien diferente es el caso de la Guerra de Sucesión española, en la que el arma de fuego no estaba tan perfeccionada y la caballería era todavía el arma principal. Cuanto más se retrocede, a medida que se hace más pobre y escasa la historia militar, es también menos aplicable, la de los pueblos antiguos lo será menos que cualquier otra.¹

Durante el siglo XVIII se fueron configurando una serie de cambios que tenían como objetivo la creación de ejércitos profesionales al servicio de los monarcas. Estos ejércitos estaban configurados dentro de los límites sociales del Antiguo Régimen, pero no significa que hubiera un «estancamiento» en el ámbito táctico, orgánico, logístico y técnico de la guerra.

De hecho, los historiadores sostienen que las guerras revolucionarias no fueron una ruptura total con los cambios observados entre 1748 y 1792.² Todo lo contrario, en los ejércitos europeos de la segunda mitad del siglo XVIII se pueden apreciar varias características de lo que

B) La defensa del Caribe. El fracaso del asalto británico del almirante Edward Vernon contra Cartagena de Indias (1741) en la Guerra del Asiento (1739-1748) valida las tesis de la ingeniería militar española del periodo borbónico. A partir de este éxito, se consolida la prioridad presupuestaria para la construcción en sillería y mampostería. Plazas que habían resistido (como Cartagena de Indias o Santiago de Cuba) o que habían sido vulneradas (como Portobelo y el fuerte de San Lorenzo del Chagres) serán sometidas a planes prioritarios de reconstrucción y rediseño geométrico (1748-1760). Este esfuerzo constructivo monumental deja de ser una respuesta reactiva y puntual; se va a consolidar mediante la asignación sistemática de «situados» e ingresos de las cajas reales americanas.



C) El Pacífico americano. Los puertos del Pacífico, con la notable excepción de las plazas de Acapulco, Valdivia y, en menor medida, Callao, carecen de defensas artilleras y guarniciones militares suficientes. La expedición del británico George Anson (1740-1744) pone de manifiesto la vulnerabilidad de estas costas. En este contexto, la Corona ordena el diseño y la construcción inmediata de la Fortaleza del Real Felipe, en Callao. Iniciada en 1747 y financiada de manera sostenida durante las décadas de 1750 y 1760, la obra se va a convertir en la fortificación abaluartada de sillería más imponente de toda la fachada del Pacífico.

D) Río de la Plata. En 1750 la expansión territorial portuguesa, consolidada a través del mantenimiento estratégico de la plaza fuerte de Colonia del Sacramento, es una amenaza contra la estabilidad. Este enclave lusitano funciona, además, como base operativa para el masivo contrabando británico.

El mundo hispánico en 1750

El inicio de una nueva etapa

A) Un giro geopolítico. La primera mitad del siglo XVIII está marcada por el «revisonismo de Utrecht», una política exterior orientada a recuperar la influencia en Italia y asegurar tronos para los hijos de Felipe V e Isabel de Farnesio. Este drenaje crónico de recursos hacia un teatro europeo ya ajeno impide el desarrollo de una estrategia naval ofensiva y sostenida en los frentes verdaderamente estratégicos para la Monarquía. Al morir Felipe V en julio de 1746, su sucesor, Fernando VI, y su equipo de gobierno, deciden desvincularse gradualmente de la agenda dinástica familiar y de la subordinación a la política exterior de Francia. El repliegue de esta costosa e infructuosa política en Europa es la condición *sine qua non* que va a permitir a los ministros ilustrados disponer del músculo financiero necesario para ejecutar el más ambicioso programa de defensa y rearme que la América Hispánica conocerá en todo el siglo XVIII.

F) Los berberiscos. Hasta mediados del siglo XVIII, España depende fundamentalmente del sistema de patrullaje de las galeras (un cuerpo anticuado) y de las fortificaciones costeras para repeler los ataques berberiscos. Con la liberación de los fondos fiscales que antes consumían las guerras en Italia, el marqués de la Ensenada impulsa un cambio doctrinal. Durante la década de 1750, se generaliza el uso de los jabeques por la Real Armada, que comienzan a patrullar activamente el estrecho de Gibraltar y el Mediterráneo occidental, disputando el mar directamente a los corsarios norteafricanos e interceptando sus naves en sus propias bases. El control del mar ha dejado de ser reactivo.

E) Filipinas, 1748-1756. La vulnerabilidad demostrada por el imperio ante los ataques británicos en los años previos obliga a los gobernadores coloniales de Manila (siguiendo las directrices de la Corona de revisar los sistemas de fortificación) a emprender mejoras urgentes en las plazas fuertes. Se destinan fondos para la reparación de la plaza amurallada de Intramuros y, muy especialmente, del puerto de Cavite (castillo de San Felipe Neri), el arsenal y astillero estratégico donde se construían los galeones. A corto plazo, estas obras se sufragan gracias a la regularización de las remesas de plata novohispana.





En el grabado, Palas Atenea encarna la inteligencia táctica y la estrategia militar, en clara oposición a la violencia y la fuerza bruta de Ares. *Marte presenta a sus valerosos alumnos a la España quien bajo el aspecto de Palas los corona...*, dibujo de Luis Paret, grabado por Juan Moreno de Tejada (atrib.) para el Premio del Constante Mérito de los Guardias de Corps, 1791. Biblioteca Nacional de España, Madrid (DIB/15/54/16).

con posterioridad será el ejército revolucionario francés. En ese sentido, la figura de Napoleón habría sido capaz de organizar sus tropas basándose en las innovaciones y mejoras realizadas en las décadas anteriores como, por ejemplo, las reformas de artillería efectuadas por Jean-Baptiste Vaquette de Gribeauval, el aumento de la potencia de fuego de la infantería de línea, las diferentes innovaciones en la táctica de ataque de la caballería o el empleo de la infantería ligera.

Es cierto que Napoleón supo fusionar estos cambios con elementos inherentes del proceso revolucionario, como el ejército nacional de masas, la nueva burocracia del estado, la figura del soldado ciudadano, potenciar el mérito en la carrera militar, etc. Por tanto, la guerra se debe analizar como un fenómeno que trasciende la mera táctica militar y se configura como un fenómeno social y cultural, así como político. Señalar la importancia de las experiencias del siglo XVIII en el ejército napoleónico no resta mérito al talento de Napoleón, ayuda a comprender y explicar mejor las Guerras Napoleónicas.

Tal como se acaba de indicar, la guerra es un fenómeno político, social y cultural, en consecuencia, es imposible hablar del conflicto bélico en el siglo XVIII sin hablar del reformismo que caracterizó al periodo ni de la Ilustración, un movimiento cultural que englobó a buena parte de los pensadores del momento, entre ellos muchos de los oficiales militares de Europa y América.

¿Qué es la Ilustración? Fue una pregunta que realizó Immanuel Kant a finales del siglo XVIII, que con posterioridad volvió a plantearse Michel Foucault en el siglo XX y Anthony Pagden en este siglo. El concepto de Ilustración ha evolucionado y se ha transformado a lo largo de los tiempos y su interpretación actual está muy distante de concebirla como un proyecto de reforma política o una mera cultura de salón.³ No se puede dar una definición precisa de la Ilustración como un movimiento único y coherente a lo largo de Europa y América, pero es cierto que se pueden señalar unas características comunes.

Kant señalaba que la Ilustración permitiría a la humanidad salir de la minoría de edad. ¿Cómo se conseguiría? La crítica y el uso de la razón serían el vehículo apropiado para esa tarea.⁴ Foucault consideraba la Ilustración como un complejo conjunto de transformaciones sociales, culturales y políticas, pero también señalaba la crítica como una característica inherente a la Ilustración.⁵ Los historiadores actuales se centran en señalar otros rasgos. Por ejemplo, Pagden también señala como representativas el uso de la razón y la crítica, pero, además, también otras diferentes. El proyecto ilustrado tenía como objetivo desvelar las leyes naturales del mundo, porque todo estaba sujeto al estudio según la razón, incluida la propia naturaleza humana.⁶ Además, todo estaría inspirado por la idea de progreso, cuyo concepto se concebía no solo filosóficamente, sino también en aspectos tan diversos como la economía, la política, la moral, la legislación, la tecnología, la educación, etc.⁷

Como se puede apreciar, la Ilustración –*Enlightenment, Lumières, Iluminismo o Aufklärung*– no está enlazada a unas determinadas medidas o pensamientos concretos, sino que era mucho más profunda. En cada sociedad, país o región, siempre bajo los principios de la razón, la crítica y el progreso, se irían conformando unas determinadas ideas, pensamientos y políticas. A pesar de esa heterogeneidad, una de sus peculiaridades primordiales fue una amplia comunicación entre los principales pensadores ilustrados de toda Europa y América. De hecho, esa comunicación fue denominada por Voltaire como *república literaria*. Además de esa comunicación directa, vía postal o a través de encuentros en cafés, existía una forma más indirecta, a través de la lectura de diversas publicaciones, favorecida tanto por el aumento de la demanda de libros como por un aumento de la oferta, debida a una mayor libertad de imprenta y a mejoras en la producción. Además, las tertulias en cafés, academias, librerías, sociedades, etc., permitieron la transmisión de ideas de una forma más amplia que en siglos anteriores. De hecho,



En este grabado, Minerva representa el pensamiento reflexivo y la inteligencia estratégica en la guerra. *Los jefes de dos ejércitos conversan, con sus respectivas tropas y campamentos a ambos lados; en lo alto, Minerva observa desde su carro*, grabado de la escenografía de la ópera *Il pomo d'oro*, compuesta en 1668 por el autor italiano Antonio Cesti. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

algunos historiadores consideran que se podría comenzar a hablar de una incipiente opinión pública.

¿Quiénes componían el movimiento ilustrado? Aunque se suele ligar este movimiento al nombre de ciertos filósofos como Kant, Benito Jerónimo Feijoo, Jean-Jacques Rousseau, David Hume, etc., hubo otros muchos. Según el país, se pueden apreciar diferencias. En España, por ejemplo, destacaron miembros del clero y la nobleza de mérito; en Francia miembros de la nobleza o en Inglaterra personas acomodadas vinculadas a profesiones liberales. Aunque los representantes de la Ilustración no siempre estuvieron asociados al poder político, muchos de ellos sí, lo que constituyó una de las principales diferencias de la Ilustración en Europa.⁸

Ahora bien ¿cómo conectaba el movimiento ilustrado con el mundo militar? El periodo que abarca el presente libro, segunda mitad del siglo XVIII, se caracteriza por ser una época de reformismo y de implantación de políticas basadas en el utilitarismo. Todas ellas tuvieron una estrecha relación con la confianza en la educación, y, entre muchos otros sectores, afectaron al mundo militar europeo. Dentro de la amplitud y heterogeneidad del movimiento ilustrado en Europa, se constataban unas preocupaciones y temáticas similares en los diversos espacios europeos, entre los que destacaba la utilidad social, la educación y la ciencia.⁹ Por ejemplo, la preocupación por el desarrollo y difusión de esta última co-

nectaba con el impulso de las instituciones académicas militares y el protagonismo que adquirieron en esa centuria tanto en el ámbito científico como pedagógico, favorecido por la inoperancia en estos campos de las instituciones existentes, por lo general dominadas por eclesiásticos, así como por la creciente tecnificación de la guerra en ese periodo.¹⁰ Además, como se observará en este capítulo, en este siglo la guerra empezó a considerarse una ciencia más y, siguiendo el pensamiento de la época, tendría por tanto unas leyes que regirían la ciencia militar.

El amplio número de proyectos para reformar la monarquía, lejos de circunscribirse únicamente al ámbito militar, podrían enmarcarse en el denominado *projectismo* en la Monarquía Hispánica, activo sobre todo durante la segunda mitad del siglo XVIII. El objetivo de las propuestas y planes enmarcados en ese *projectismo* consistió en esencia en plantear soluciones realistas y detalladas a los considerados «males» de la monarquía.¹¹ Por lo general, los autores eran personas conocedoras del tema abordado —en nuestro caso principalmente militares—, y tenía como objetivo que sus proyectos terminasen convirtiéndose en órdenes reales, es decir, tenían una finalidad concreta y práctica, algo muy ligado al contexto histórico del denominado *reformismo borbónico*.¹²

LA GUERRA DEL SIGLO XVIII, UNA GUERRA MÁS TÉCNICA

La guerra del siglo XVIII no fue simplemente una prolongación de la del siglo anterior, sino un escenario de transformaciones que afectaron tanto a la forma de combatir como a la propia organización de los ejércitos. La mejora de la potencia de fuego, el creciente peso de la artillería, la profesionalización de la oficialidad, la ampliación de los aparatos administrativos y la mayor capacidad de las monarquías para movilizar recursos configuraron una guerra más técnica y más exigente en el terreno de la instrucción y del mando. Para comprender el alcance de estos cambios, conviene comenzar por el debate historiográfico en torno a la llamada revolución militar y, a continuación, analizar cómo se concretaron en la evolución de la guerra dieciochesca y en la adaptación de la Monarquía Hispánica a ese nuevo contexto, en particular a través de la configuración del ejército borbónico.

Un debate historiográfico interminable: la revolución militar

La guerra durante la Edad Moderna ha generado uno de los debates historiográficos más prolíficos en el ámbito académico: la revolución

militar. Este concepto fue acuñado por Michael Roberts en 1956 en Belfast y en la actualidad sigue generando importantes debates, con congresos internacionales o monografías específicas.

El concepto en un primer momento hacía referencia a las innovaciones acaecidas entre 1560 y 1660 en Inglaterra y Suecia que rompieron con el sistema de guerra medieval y que cambiaron la composición de los ejércitos, repercutiendo todo ello en la fundamentación y consolidación del calificado como *Estado moderno*.¹³ Estos cambios, en concreto, tuvieron como pilar cuatro innovaciones: una táctica en la que las armas de fuego predominaban sobre las picas (ejemplificado en las innovaciones de Mauricio de Nassau y el rey Gustavo Adolfo), un aumento del tamaño de los ejércitos europeos, unas estrategias en el campo de batalla y en la guerra más desarrolladas y complejas y, por último, y como consecuencia de los tres anteriores, el desarrollo de una administración encargada de gestionar y afrontar los crecientes gastos, la recluta y organización de la nueva guerra.¹⁴

La teoría de la revolución militar planteada por Roberts, que tanto impacto tuvo en la historiografía europea de la década de 1960, comenzó a ser matizada en distintos aspectos desde la década de 1970. Cuestiones como la cronología o la geografía manejadas se replantearon muy rápido: si Roberts defendió que los cambios habían sucedido entre 1560 y 1660, pronto se discutió este espacio cronológico al atribuirle a la revolución militar uno mucho más extenso; además, se amplió el marco geográfico de análisis sobre tales fenómenos al conjunto del continente europeo, lo que alcanzó a potencias como Francia, Italia o España y dotó de una mayor importancia a las armadas.

En esta nueva visión de la historia militar participaron las aportaciones de historiadores de muy diversa procedencia historiográfica. En particular, los historiadores franceses fueron quienes iniciaron una amplia línea de estudios sobre la composición social del ejército y sobre las relaciones entre este y la sociedad. Sobresalieron en esta escuela historiográfica francesa autores como André Corvisier y René Quatrefages.¹⁵ En el mundo anglosajón destacan aquellos que cuestionaron los marcos cronológicos y geográficos establecidos por Roberts como fueron Geoffrey Parker, Jeremy Black, Brian M. Downing, I. A. A. Thompson o Christopher Duffy.¹⁶

Parker, por ejemplo, en su obra publicada en 1988 puso el énfasis en la dinámica de «desafío y respuesta» generada por la rivalidad militar constante en la Europa del siglo XVI y XVII. El estado de guerra cuasi permanente en Europa occidental provocó la configuración de unos

estados más consolidados y el desarrollo de armas y prácticas bélicas que explicarían la ventaja militar europea en el siglo XVIII y XIX. En concreto, para Parker, el desencadenante fue la incorporación de los cañones a los ejércitos europeos, que dejó en un breve periodo de tiempo obsoletos los castillos medievales que habían sido los pilares defensivos durante siglos. La reacción fue crear un nuevo tipo de fortaleza, la traza italiana. Estas nuevas defensas eran mucho más costosas y requerían estar bien guarnecidas. A partir de ese momento, tomar una fortaleza requería no solo un gran número de soldados, sino también una logística muy desarrollada para poder mantenerlos durante los meses (incluso años) que podía llegar a durar el asedio. De esa forma, surgieron unos estados más centralizados capaces de mantener grandes ejércitos y marinas permanentes y cada vez más profesionales.¹⁷

Fue entre la década de 1980 y 1990 cuando la historiografía militar alcanzó un mayor apogeo, se multiplicaron las publicaciones académicas, con aportaciones de novedosos enfoques que desbordaban los antiguos límites planteados por los historiadores de la guerra. De esta forma, los estudios sobre la historia militar en la Edad Moderna se fueron enlazando a otras muchas líneas de trabajo de la investigación histórica como la sociedad, la economía, la cultura, la política, la ciencia o la técnica, y abarcaron, además, la totalidad del periodo moderno.

Desde la década de 1990, la historiografía militar se ha ido alejando de aquella estrecha vinculación de la revolución militar con la creación del Estado moderno europeo y con su focalización exclusiva en la Europa occidental. Por una parte, los nuevos replanteamientos cuestionan el papel otorgado al Estado en los cambios militares, al considerar que hubo prejuicios históricos contra la privatización militar y su papel en la construcción del Estado.¹⁸ Por otra parte, aquellos sectores que no minusvaloran tanto el impacto del Estado en el ejército, han matizado el concepto *revolución* y consideran que sería más apropiado hablar de una evolución militar producida en un largo periodo que abarcaría toda la Edad Moderna.¹⁹ Además, desde perspectivas más amplias se está resaltando que los cambios militares producidos en Europa no deberían ser considerados los más exitosos a nivel global, sino que habría que valorar los sistemas militares en cada parte del mundo, en cada espacio y sociedad, sin medir su eficacia en relación con sus similitudes con los rasgos propios de la llamada revolución militar europea.²⁰

En los albores del siglo XXI, al calor de las nuevas corrientes historiográficas y pensamientos filosóficos, el concepto se ha abordado de diferentes maneras. En la actualidad, no se considera la revolución mi-

litar europea como la única vía, sino que habría habido varias revoluciones en distintos lugares y momentos. Además, esta revolución sería entendida como un cambio evolutivo regular. Por tanto, se han dejado de analizar y valorar los sistemas militares por su semejanza con los europeos, para analizarlos en su propio contexto.

Este cambio de paradigma no significa simplemente ensalzar los sistemas, éxitos e innovaciones no europeas. De hecho, como Eric Hobsbawm señaló en su obra *Historias del siglo XX* (1994), parafraseando a E. P. Thompson, «la gran condescendencia» hacia otras áreas geográficas podría llevar a escribir en exclusiva sobre otras regiones, sin consultar bibliografía ni archivos locales, lo cual podría ser más eurocéntrico que lo anterior.

El actual trabajo del historiador militar consiste en analizar cada sistema militar de la Edad Moderna en su entorno, sin valorar desde una perspectiva determinista de vencedores y perdedores.²¹ Esto no solo se aplica a las potencias no europeas, sino también a otras europeas que en el siglo XIX y XX pasaron a ejercer un papel más secundario a escala internacional. En ese sentido, el presente libro pretende analizar el sistema militar de la monarquía española no centrada en explicar su «fracaso» a comienzos del siglo XIX, sino analizando las reformas, acciones y políticas dentro de su propia estructura y estrategia, que difería del de otras potencias europeas, como la prusiana.

De hecho, uno de los rasgos más característicos de la historiografía actual es el cuestionamiento del determinismo tecnológico implícito en algunos autores sobre la revolución militar y su énfasis en la batalla. En la guerra, las tecnologías antiguas, confiables y consolidadas son mucho más influyentes que las innovaciones recientes, mucho más llamativas para los historiadores deseosos de confirmar su fe en las teorías de modernización que eficaces en su empleo en la guerra del momento.²² El objetivo es no limitar los estudios a cómo se difundían la tecnología y las innovaciones europeas, calificando de fracaso aquellos contextos en los que no se adoptaban, sin realizar un análisis cultural, político, social y económico contextualizado.

De hecho, las tendencias historiográficas actuales abordan estas problemáticas desde la competencia y la imitación, no solo en el ámbito tecnológico, sino también en los aspectos culturales y políticos, sin dejar de lado los avances militares y otras innovaciones aplicadas. Todo ello mediante el análisis de las influencias mutuas, no solo de los principales países europeos, como Prusia o Francia, hacia terceros. Por ejemplo, hoy en día se sabe que los reinos de Nápoles y Sicilia en el

siglo XVIII imitaron el sistema de enseñanza militar de la monarquía española y no el francés o prusiano. O que la artillería rusa de la segunda mitad del siglo XVIII era mejor valorada que la prusiana e incluso que la francesa hasta 1770. Esta emulación mutua también podría observarse a escala global.

Por tanto, el debate sobre la revolución militar sigue vigente, aunque haya variado el concepto desde sus orígenes en la década de 1950. Aun así, hay algunos historiadores que niegan la existencia de dicha revolución, tanto en el sentido de cambio repentino como en el de proceso.²³ Por lo general, estas afirmaciones se basan en una de las críticas anteriormente realizadas, al intentar destacar los éxitos o innovaciones en las regiones no europeas para reafirmar sus tesis, sin muchas veces realizar análisis y contextualizaciones más profundas y detalladas.

Este libro pretende estudiar las reformas y políticas militares de la monarquía española desde su propio contexto, lo que la convertía en una potencia con unos intereses estratégicos que requería un tipo de reformas y acciones concretas, los cuales no se pueden valorar simplemente por su semejanza a los aplicados en Prusia o Francia, considerados tradicionalmente por la historiografía como los paradigmas de éxito militar.

La evolución de la guerra en el XVIII

Veamos ahora lo que identificaba a la guerra en la Europa del siglo XVIII. Entre finales del siglo XVII y, sobre todo, durante el XVIII las características estructurales de la guerra europea cambiaron. Durante los siglos XVI y XVII lo habitual eran las largas guerras de desgaste en las que los asedios fueron la pieza clave. El desgaste como factor que determinaba el resultado de la contienda no cambió, pero sí la dimensión temporal en la que este determinó el resultado de un conflicto. Las guerras largas dieron paso a las cortas de rápido desgaste, como la Guerra de los Siete Años (1756-1763) o la Guerra de Sucesión austriaca (1740-1748).

Hubo diversos factores que determinaron esta nueva concepción del conflicto. Una de las principales características fue una mayor disponibilidad de recursos financieros. Las monarquías europeas del siglo XVIII habían conseguido tener un mayor control de los recursos y sobre la sociedad a través de la burocracia. Además, habían consolidado un sistema de crédito, nacional e internacional, que les permitía contar con dinero en efectivo de forma rápida para financiar las campañas. Esto permitió que reinos como Francia, Austria y Rusia man-

tuvieran, durante el siglo XVIII, ejércitos de más de 200 000 hombres en tiempos de paz, que durante las guerras aumentaban hasta superar los 300 000.²⁴ Todo ello posibilitó que las batallas de la época superaran en su mayoría los 50 000 efectivos por bando, un número muy superior al de las batallas en la Guerra de los Treinta Años (1618-1648).

Algunos autores sostienen que este aumento de efectivos no se debe solo a un incremento en el tamaño de los ejércitos europeos, sino a que las guerras de asedio características de los siglos XVI y XVII tendieron a transformarse en guerras más ofensivas. En este sentido, el desarrollo técnico de la artillería (principalmente mediante el uso del mortero y el obús) habría permitido reducir los tiempos de asedio. De esta forma, en el siglo XVIII se puede apreciar cómo las estrategias militares europeas se hicieron más ofensivas y las batallas ganaron peso en comparación con el siglo anterior. Por tanto, dichos factores permitieron que hubiera un mayor número de soldados disponibles para las campañas lo que favorecía la concentración de un número superior de tropas para una batalla.

Este cambio es particularmente evidente en el pensamiento militar de Federico II de Prusia (*reg.* 1740-1786). En su obra *Principios generales* señalaba los aspectos más nocivos de las guerras de desgaste, debido a la cantidad de recursos necesarios para mantenerlos. Es cierto, que, en el caso prusiano, dado que no podía competir en recursos con el resto de las potencias europeas, consideró que la estrategia óptima era buscar victorias decisivas a través de las batallas.

A pesar de la creciente importancia de las contiendas, durante la segunda mitad del siglo XVIII los asedios siguieron desempeñando un relevante papel en los conflictos. Las fortalezas continuaron siendo fundamentales para controlar el territorio, limitar las acciones del enemigo y como centro logístico. En el siglo XVIII, tanto las fortificaciones como los asedios fueron herederos directos de las innovaciones introducidas en el ejército de Luis XIV. El ingeniero militar y comisario general de fortificaciones, Vauban, fue quien racionalizó el sistema defensivo francés, la construcción de fortalezas y las estrategias de ataque en la segunda mitad del siglo XVII.²⁵ Bajo su dirección se creó una red de fortalezas a lo largo de la frontera francesa, incluida la marítima, y se definió un sistema de fortificaciones que, aunque basado en estilos precedentes, añadió mejoras para favorecer su resistencia a los asedios.²⁶ Además de pequeñas modificaciones en la altura de los muros, la principal aportación de Vauban fue añadir elementos exteriores que permitían alejar al sitiador de la plaza. Para ello, se aprovecharon elementos geográficos e, incluso, inventó



Vauban simboliza la transformación de la guerra en una ciencia: sus innovaciones en fortificación y asedio marcaron la estrategia europea durante todo el setecientos. *Sébastien le Prestre de Vauban (1633-1707), mariscal de Francia (1834)*, óleo sobre lienzo de Charles-Philippe Larivière. Salon des maréchaux, Préfecture du Nord (Lille).

construcciones nuevas que recibieron su nombre. El fin de todas estas innovaciones era retardar la aproximación del enemigo a la plaza fuerte y, por tanto, el comienzo del cerco a la fortaleza.

El éxito que demostró el planteamiento de Vauban en decenas de asedios lo convirtió en un auténtico modelo a imitar. De hecho, aunque el ataque a las plazas siguió siendo un tema principal en las reflexiones tácticas dieciochescas y el éxito de las tropas de Federico II de Prusia provocó una crisis en el sistema táctico francés, el método de Vauban de asediar y construir fortalezas continuó considerándose el más eficaz en la Europa del setecientos. Solo cuando, ya en las últimas décadas del siglo XVIII, la guerra se hizo cada vez más ofensiva, lo que exigía más movilidad a los ejércitos para atacar, empezó a cuestionarse el mantenimiento de una red de fortalezas cuyas guarniciones restaban muchos efectivos y recursos al ejército de campaña.²⁷

Aunque las batallas fueron más decisivas que en el siglo XVII, no llegaron a ser determinantes, como sí lo serían en el siglo XIX. Una de las principales causas es que los ejércitos europeos no consiguieron movilizar y organizar un número suficiente de soldados para realizar unas estrategias que les permitieran perseguir y destruir a los ejércitos enemigos y forzar una paz, como serían las tácticas napoleónicas.

A pesar de que con las batallas no se consiguieron resultados definitivos, sí que tuvieron como consecuencia que disminuyera el tiempo que duraban las guerras. La exposición de un número superior de soldados en el campo de batalla, junto con una mayor potencia de fuego de la infantería y la artillería, supuso un aumento en el número de bajas. De esta forma, aunque se evitó emplear un gran número de soldados en asedios prolongados, el aumento de las batallas significó un factor de desgaste más rápido de los recursos militares y también de los financieros.

Si nos preguntamos cómo eran las batallas en la Europa del siglo XVIII, uno de los principales debates historiográficos en la historia militar de la Edad Moderna ha pivotado en torno a cómo afectó la introducción de la pólvora en los ejércitos. El aumento del uso de armas de fuego portátiles en los ejércitos europeos provocó un cambio en las tácticas de combate. Uno de los efectos más visibles fue la extensión de los ejércitos desplegados para la batalla. Con el objetivo de elevar la potencia de fuego y evitar el daño de la artillería enemiga, las unidades desplegadas se fueron transformando de un cuadro de picas a una amplia línea de mosqueteros y fusileros. A la par que se producía este cambio, el número de piqueros disminuía hasta su total desaparición en los primeros años del siglo XVIII. Además, para ganar flexibilidad y

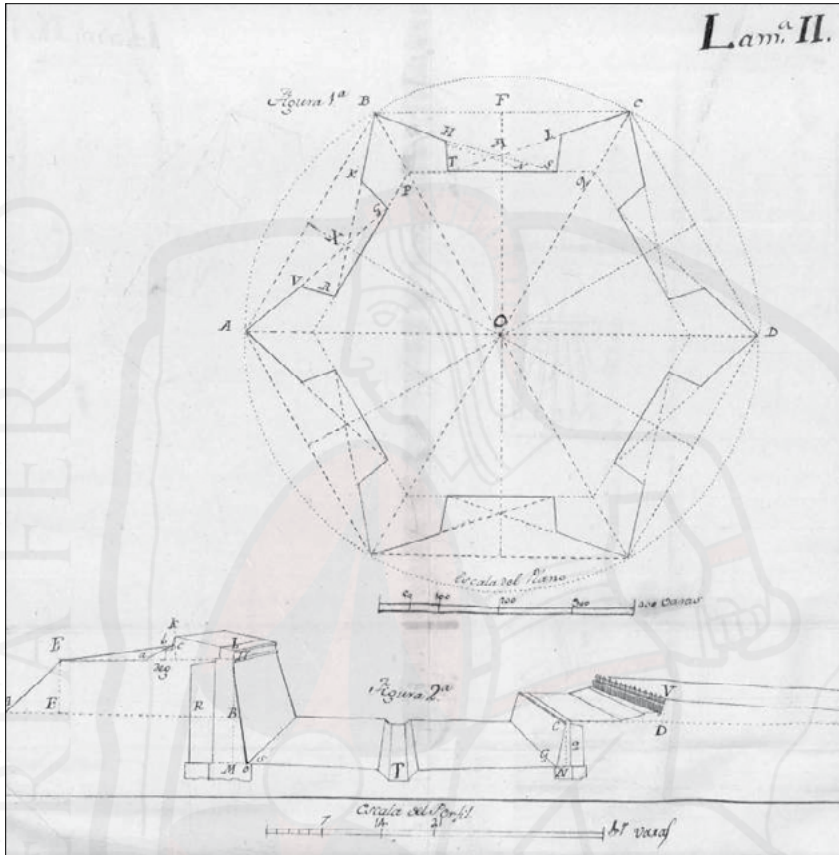
maniobrabilidad, las unidades desplegadas se fueron subdividiendo en unidades tácticas más pequeñas que debían disparar descargas cerradas con rapidez y al unísono. Estas reformas supusieron que fuera necesaria una mayor instrucción por parte de los soldados y los oficiales.²⁸

En este sentido se puede apreciar otra medida, la sustitución, a finales del siglo XVII, en todos los ejércitos europeos, del mosquete por el fusil, así como la introducción del cartucho. Esta arma contaba con mecanismo de chispa, en lugar del de mecha, más eficaz y menos problemático. Todo ello tuvo como efecto el aumento de la cadencia de tiro, de forma que los soldados más instruidos pudieron llegar a disparar tres veces por minuto. A esto se añadió la introducción de la bayoneta de cubo, que permitía disparar sin necesidad de retirarla del fusil.

Así pues, en los ejércitos del siglo XVIII, los fusileros, los soldados de infantería de línea, serían los principales protagonistas. La mayor novedad a lo largo de este siglo estuvo relacionada con la reducción del número de líneas de las formaciones, un proceso que se puede apreciar desde el siglo anterior. Por ejemplo, en las primeras décadas de 1600, los mosqueteros formaban en 10 filas, en las últimas décadas de este siglo esta cifra se redujo a 5 y, en la segunda mitad del siglo XVIII, pasaron a 2 o 3 líneas de profundidad.

Otra de las innovaciones del siglo XVIII fue la sustitución del fuego de hilera, empleado desde la antigüedad en Asia, África y Europa, que consistía en que un batallón o regimiento disparaba al unísono, primero una línea, después la siguiente y así sucesivamente. La nueva técnica se realizaba por sección de tiro (compañía). Este consistía en que el regimiento o batallón se desplegaba en compañías que abrían fuego por orden, no a la vez. En cada compañía hacían fuego todos los soldados a la vez y después continuaba la siguiente compañía, así hasta que hubieran disparado todas. Para cuando descargaba la compañía colocada al final de la línea, la primera ya había recargado y estaba lista para hacerlo de nuevo.

Las batallas del siglo XVIII no deben imaginarse simplemente como dos grandes líneas que se disparaban, sino que era algo más complejo. Este despliegue en líneas se realizaba a lo largo de varios kilómetros, y la maniobra, además, no era continua, la llevaban a cabo compañías o batallones que podían estar a bastante distancia del resto de sus compañeros. Estas unidades solían estar colocadas en posiciones estratégicas, como accidentes geográficos o edificaciones –los conventos solían ser bastante empleados como centros estratégicos–, o incluso se construían sus propias fortificaciones de campaña. De esta forma, la instrucción de los soldados y las necesidades de oficiales con una buena



La fortificación abaluartada convirtió la geometría en una herramienta esencial de la guerra moderna: diseñar, atacar o defender una plaza exigía dominar el espacio con precisión matemática. «Imagen geométrica de una fortaleza», lám. II, en *Colección de cuadros y planos sobre la guerra de Cerdeña y Sicilia, en los años 1717 a 1720*. Biblioteca Nacional de España, Madrid (MSS/6408).

formación se hicieron más necesarias que nunca, dada la autonomía que adquirirían en batalla.

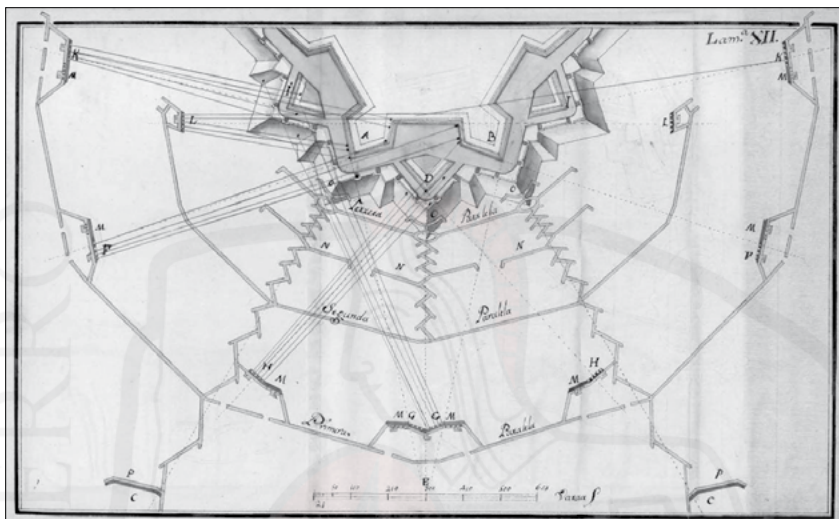
Además, el empleo de la táctica de formaciones en línea no fue estática durante el siglo XVIII, como observaremos cuando analicemos la táctica oblicua implantada por el rey prusiano a mediados del siglo. Pero quizá el debate táctico más interesante durante la segunda mitad de este siglo se puede observar en Francia tras su derrota en la Guerra de los Siete Años. Como señala John A. Lynn, podría decirse que en este debate hubo «bandos», los defensores de las columnas por un lado y los de las líneas por el otro. Los defensores de mantener la formación de columnas profundas, el *ordre profond*, justificaban su tesis amparados

en que los soldados franceses eran mejores realizando cargas. Incluso pensadores como Voltaire lo señalaban: «la nación francesa ataca con la máxima impetuosidad y su envite es sumamente difícil de resistir».²⁹ Por otra parte, los que defendían que era mejor emplear una táctica basada en el despliegue en líneas, el *ordre mince*, se apoyaban en los éxitos obtenidos por las tropas prusianas en la Guerra de Sucesión austriaca y en la de los Siete Años. Las ventajas de la táctica en línea residían en que potenciaba la capacidad de hacer fuego y disminuían los daños de la artillería enemiga. Asimismo, la columna permitía que las tropas pudieran hacer movimientos de una forma más ágil y, por tanto, otorgar una ventaja táctica considerable en el campo de batalla. Además, los partidarios de la columna destacaron cómo esta proporcionaba un mayor apoyo psicológico al soldado de infantería.

El debate no finalizó hasta que en 1791 se publicó un manual de instrucción que obligaba a los oficiales a instruir a los soldados en los dos sistemas, lo cual autorizó a los generales franceses a escoger en cada batalla el sistema que considerasen más oportuno. Una solución que ya había propuesto el conde Jacques Antoine-Hippolyte de Guibert en su obra *Essai général de tactique...* publicada en 1772 y que denominó *ordre mixte*. Además, como se observará en los capítulos siguientes, durante la segunda mitad del siglo XVIII los ejércitos europeos introdujeron el empleo de la infantería ligera, que fue ganando cada vez más peso entre la infantería.³⁰

Por tanto, se podría decir que los ejércitos del siglo XVIII eran más numerosos que en el siglo anterior. Además, se había configurado definitivamente un ejército permanente y profesional, que contaba con soldados que permanecían años en los ejércitos convirtiéndolo en una auténtica profesión. De esta forma, estos ejércitos estarían liderados por una oficialidad de base nobiliaria, por lo general, mejor formada y más instruida, gracias a la paulatina implantación de academias militares.

Aunque las armas de la infantería no cambiaron mucho a lo largo del siglo XVIII, la artillería sí lo hizo. Durante este siglo se observa un aumento cuantitativo y cualitativo de la artillería de campaña. Se emplearon más cañones, piezas más ligeras, más manejables y que permitían una mayor frecuencia de disparo. De hecho, el uso de la artillería de campaña durante los siglos XVI y XVII fue bastante reducido en comparación con esta centuria. A larga distancia se empleaban balas que golpeaban de rebote a las filas de soldados enemigos y a corta distancia se empleaba la metralla. En el siglo XVIII los ejércitos que protagonizaron los mayores cambios fueron, en un primer momento, Rusia, Prusia y



El método de asedio heredado de Vauban convirtió la toma de plazas fuertes en una operación racionalizada, donde los ingenieros y artilleros coordinaban el avance mediante trincheras, baterías y obras de aproximación. «Cómo hacer un asedio», lám. XIII, en *Colección de cuadros y planos sobre la guerra de Cerdeña y Sicilia, en los años 1717 a 1720*. Biblioteca Nacional de España, Madrid (MSS/6408).

Austria. Por ejemplo, en Prusia a principios de los años treinta, el general de artillería Christian Nicholas von Linger reorganizó la artillería en cañones de cuatro calibres (3, 6, 12 y 24 libras) con cañones más ligeros que en el pasado. Esta artillería permitió reducir el grosor del cañón y consiguió piezas ligeras más fáciles de transportar. Estas mejoras fueron implementadas por el ejército austriaco después de su derrota ante los prusianos en la Guerra de Sucesión austriaca. El príncipe Joseph Wenzel von Liechtenstein modificó el sistema de artillería por completo, desde su fabricación hasta su logística, con el objetivo de hacerla una herramienta ágil y maniobrable. De esta forma, el sistema estableció que en campaña solo se emplearan tres calibres (3, 6 y 12 libras), además de estandarizar todo el armamento del ejército austriaco.³¹

De hecho, al estallar la Guerra de los Siete Años, el ejército prusiano se vio sorprendido por estas innovaciones. Por ese motivo, los oficiales de artillería de Federico II copiaron parte de las soluciones introducidas por los austriacos y llegaron a duplicar sus piezas para campaña, pasando de 360 en 1756 a 630 en 1761. Además, tanto los rusos como los austriacos y prusianos comenzaron a emplear en esta contienda la artillería a caballo, es decir, unidades capaces de operar en apoyo directo de la caballería y desplazarse a una velocidad mayor que la artillería de campaña conven-

cional. Conviene recordar que, debido al peso de los cañones, hasta el siglo XVIII estos eran transportados por mulas y no por caballos.

Por último, debemos señalar que el sistema de Gribeauval, adoptado en 1774 por el ejército francés, sería imitado por el resto de Europa. Este había centrado sus esfuerzos en transformar la producción de la artillería con el objetivo de aumentar la potencia de fuego de los cañones al tiempo que reducía su tamaño, pero su sistema no se limitó solo a la manufactura, sino que también reorganizó este cuerpo del ejército francés. Dividió las piezas que debían emplearse en campaña e introdujo cañones más cortos y ligeros, que a pesar de perder potencia, proporcionaban una gran movilidad en combate. Además, se prestó especial atención a la formación e instrucción de los oficiales del arma.³²

En conclusión, debemos señalar que estos sistemas eran los que se empleaban en Europa, sobre todo en las luchas entre potencias europeas. El uso de estas tácticas fuera de Europa se supeditó a las condiciones económicas, geográficas y sociales. Como observaremos, la monarquía española fue incorporando todas las novedades antes señaladas y las adaptó a sus necesidades. La Monarquía Hispánica bajo Fernando VI, Carlos III y Carlos IV tuvo como principal foco de atención el Atlántico y no Europa. Por ello, se adaptaron estrategias más defensivas, basadas en una red de fortificaciones a lo largo del litoral atlántico. En consecuencia, se debe valorar la adaptación del ejército español a sus necesidades estratégicas y no simplemente si se imitaba a un ejército europeo, cuyos objetivos y características no eran análogos.

El ejército borbónico

Todas las pautas antes señaladas son observables en el ejército de la Monarquía Hispánica. El ejército del siglo XVIII tuvo su base en la Guerra de Sucesión española, con la llegada de Felipe de Borbón al trono. Esto no significa que no hubiera continuidad con el ejército de los Habsburgo; de hecho, durante el reinado de Carlos II se habían introducido ciertas innovaciones que Felipe V continuó.³³

Con el estallido de la Guerra de Sucesión española en la península, las ordenanzas de Flandes se aplicaron al conjunto del Ejército español y afectaron el devenir de la institución castrense durante toda la centuria.³⁴ Uno de los primeros hitos fue la transformación del tercio en regimiento, cambio iniciado con las denominadas Ordenanzas de Flandes de 1702. A través de ellas, se introdujeron en el ejército de Flandes, bajo el gobierno de Isidro de la Cueva y Benavides, marqués de Bedmar,

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



Lejos de la imagen de decadencia que ha dominado la narrativa sobre la España del siglo XVIII, *Pólvora y bayonetas. El Ejército español en el siglo XVIII* demuestra cómo, desde mediados de siglo, la Monarquía Hispánica desplegó un ambicioso programa de reformas para adaptarse a los retos de un mundo cada vez más globalizado y competitivo. En un periodo marcado por la tensión entre tradición y modernidad, España viró su política exterior hacia el Atlántico y Asia y desplegó toda una serie de cambios en su estrategia defensiva y en sus estructuras militares que le permitieron mantener su dominio transoceánico.

A través de un análisis que combina la historia política y militar con los aspectos sociales y culturales, la obra detalla la evolución del Ejército español desde la paz de Aquisgrán en 1748 hasta la invasión napoleónica de 1808. Se produjo una adopción selectiva y una adaptación de las experiencias europeas, pero traducidas a las necesidades de una monarquía global, plasmadas en instrumentos como una red de fortalezas, una sofisticada logística de convoyes, el desarrollo de la guerra anfibia o las milicias americanas. Un Ejército que buscaba adaptarse a los cambios técnicos y tácticos del Siglo de las Luces, sin renunciar a su estructura jerárquica y a su función política, ligadas al absolutismo y a la sociedad del Antiguo Régimen. Sus protagonistas —virreyes y ministros, marinos y soldados, ingenieros y artilleros— se expresan con sus propias palabras, rescatadas de memorias reservadas, estados de fuerza, juntas de guerra, planos y correspondencia, documentación localizada en archivos españoles, italianos y americanos. De estos testimonios emerge un auténtico duelo de plazas, convoyes y desembarcos, sostenido en múltiples frentes: del asedio de La Habana y la caída de Manila a la campaña de Portugal de 1762, pasando por Argel y el ciclo reformista de Carlos III y Carlos IV, hasta un fin de siglo atravesado por tensiones y crisis. En última instancia, *Pólvora y bayonetas* permite comprender que en la España de este siglo la guerra no solo fue mucho más allá del simple hecho bélico, sino que constituyó un motor de cambio político, social y cultural.

ISBN: 979-13-991498-8-3



9 791399 149883

P.V.P.: 27,95 €

**HISTORIA
DE ESPAÑA**